

# Fue el dragón\*

Paula Vargas

La princesa seguía escribiendo en las paredes que rodeaban la torre. El pequeño trozo de tiza roja la había acompañado unas cuantas semanas y seguramente se acabaría muy pronto. Las ratas la observaban desde sus huecos como si se tratase de un espectáculo oírla y verla escribir. De vez en cuando lanzaba unas cuantas migajas de pan hacia atrás y las ratas se abalanzaban en la guerra más funesta, donde solo sobrevivía la más astuta. La princesa reía con malicia, quizás era el plan de todos los días. Migajas, ratas, unas muertas y el festín para el dragón.

De vez en cuando cantaba entre dientes una que otra canción y tocaba su lira tan melodiosamente que todos los pequeños animales del bosque escalaban hasta llegar a la única ventana y bailaban al compás de la música. Le gustaba recordar de dónde venía, el reino que alguna vez había habitado, los festines, los banquetes, los vestidos largos, los tacones. . . Anhelaba el día de encontrarse con su príncipe azul, que la despertara de sus sueños con un solo beso, que acariciara su suave rostro de la manera más delicada, que caminaran juntos quizás entre praderas, pero ya había pasado tanto tiempo que se había enamorado del dragón.

—Mujer, mujer —decía el dragón entre dientes—. Ven, cántame y envuélveme en tu refrescante sudor color miel, miel por lo dulce, por lo sofocador. Te protejo con mis alas,

\* Texto finalista del 10º Concurso Nacional de Cuento RCN y Ministerio de Educación Nacional.



con mis fauces, mis garras y mis ojos. Vigilo tu sueño, tu despertar, tu lujuria y hasta tu soledad.

La princesa, lo miraba fijamente, posaba sus manos en el borde de la ventana, entrelazaba sus manos con las de él, lo acariciaba, y decía:

—Soy inocente de las noches en vela; de los ojos un poco empapados, la piel fresca y los pies rotos; de las palabras no dichas, las sonrisas quebradas y los cantos fúnebres; del hedor que expido y aún más de los harapos mal puestos; de las tres o cuatro que rondan con los chillidos espantosos, de los silbidos a la madrugada, los libros leídos, de las palabras y frases mal escritas, de los zapatos conductores de caminos, del techo agrietado y las gotas que inundan el suelo de baldosa; del frío y de la soledad; del amor y la guerra interna; de los pensamientos, los anhelos y las ansias. Pero aun así, soy culpable de amarte, de la vida, los planes, la luz y la oscuridad propia.

La princesa separó sus manos, y la fuerza del dragón al no querer soltarla hizo que la garra más afilada desprendiera un hilillo de sangre del mismo lugar que los días anteriores.

—No sientas pena, mujer. Encontrarnos en el inframundo es nuestro destino, caminar lento, cumplir sueños y promesas. No me culpes por ser dragón ni por estar cautivo en tu corazón. Ven, anda, ven conmigo, aquí y ahora.

La sogá, la culpable de muchas penas, finalmente cumplió con su objetivo. Envolvió su delicado cuello ahogando los pedazos de melancolía. Unas pocas gotas de su sangre rancia gotearon de su boca hasta que quedó totalmente seca.

Los médicos entraron lo más rápido posible, pero ya era demasiado tarde. Solo había una nota escrita en la pared que decía: “Fue el dragón”.

Estaba escrita con sangre. Su dedo índice tenía varias mordidas en el mismo sitio, su larga cabellera envolvía su cuello y sus ojos estaban totalmente abiertos, tan radiantes como si lo

último que hubiese visto se encontrara aún palpable ante su vista: como si el dragón aún mirara sus últimos segundos de vida antes de encontrarse con ella en el inframundo.

Anotaron la hora, los elementos que se encontraban en la habitación, y cuando ya todo estaba totalmente claro, el dictamen final: “María Teresa, diagnosticada con esquizofrenia, presenta cambios notables en su expresión corporal, lastima su cuerpo y finalmente, después de obedecer las órdenes del que ella decía era su dragón, se suicida a las 22 horas en el hospital psiquiátrico”

